

ANNA CASANOVAS



Epilogo

*Hotel California*

*Hotel California*

**CERRADO POR**

*Boda*

Lectulandia

Este extenso relato es una especie de epílogo muy largo en el que hay un capítulo dedicado a Álex y a Sara, otro a Martina y a Leo y dos por supuesto para Marc y Olivia.

Anna Casanovas

# **Hotel California: Cerrado por Boda**

**Los hermanos Martí — 4.1**

ePub r1.0

Titivillus 06.11.2019

Título original: *Hotel California: Cerrado por Boda*  
Anna Casanovas, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

«Para todos los que creéis que a Hotel California le faltan unos capítulos... en especial uno para Álex. Espero que os gusten».  
(Anna)

*I was born to love you with every single beat of my heart.  
Yes I was born to take care of you every single day of my life.*

*Queen, I was born to love you.*

## Capítulo 1

A pesar de que Marc y Olivia llevaban meses viviendo juntos, las hermanas de él habían insistido en que no podían verse la noche antes de la boda. No tendría que haber accedido, pensó Marc. Ni en un millón de años. En realidad, todavía estaba a tiempo de cambiar de opinión. Apenas eran las diez de la mañana, Olivia estaba en el hotel y él había salido a pasear con *Tosca* para aprovechar que la clínica veterinaria estaba cerrada. Se suponía que los dos, él y Olivia, iban a tomarse todo el fin de semana libre; pasarían el sábado juntos, solos, y el domingo se casarían en la playa. Al menos ese había sido su plan hasta que sus hermanas se entrometieron.

Marc silbó y *Tosca* se acercó corriendo desde el borde del agua.

—Buena chica —le dijo arrodillándose al lado del pastor alemán—, tú no vas a abandonarme hoy, ¿ah, qué no?

La perra respondió lamiéndole la mano con la que la estaba acariciando y Marc se rio antes de ponerse en pie y volver a lanzarle la raída pelota de tenis.

A Marc no le importaba que Olivia hubiese ido al hotel, probablemente había ido a supervisar por enésima vez algo relacionado con la boda o a sentarse en la butaca de su abuelo (solía hacer eso siempre que estaba nerviosa). Desvió la mirada hacia el mar y suspiró; Olivia todavía echaba mucho de menos a su abuelo, probablemente más ahora que sabían que iban a ser padres dentro de unos meses. Lo mejor sería que fuese a buscarla, y así aprovecharía para charlar un rato con Tomás quien, tras darse cuenta de que iba a tener que desempeñar el papel del padre de la novia, estaba muy nervioso. Incluso más que él. *Tosca* reapareció trotando y completamente empapada y, sin saber muy bien por qué, Marc pensó en lo mucho que había cambiado su vida esos últimos meses. Se llevó una mano al pecho al notar que se le aceleraba el corazón. Todavía no estaba acostumbrado a sentir eso; la felicidad extendiéndose por dentro de su cuerpo hasta llegar a todos y cada uno de los centímetros de su piel. Era increíble, y daba un poco de miedo. Él había estado a punto de morir en una ocasión y lo asustaba menos volver a enfrentarse a la muerte que perder para siempre esa sensación.

Y el miedo solo desaparecía cuando Olivia estaba a su lado, así que ni loco iba a pasar la noche sin ella. Era una tradición absurda y anticuada, se dijo, aunque dentro de su cabeza lo que de verdad le preocupaba era que durante esas horas Olivia viese la luz y decidiese que estaba a punto de cometer un error y anulase la boda.

—No seas ridículo —dijo en voz alta.

—¿Estás hablando solo? —lo sorprendió una voz a su espalda acercándose por la arena.

—Joder, Álex, casi me matas de un susto —se dio media vuelta y se topó con su hermano gemelo. Antes solía pensar que él una copia barata de Álex pero ahora sabía que no era sí. Ninguno era la copia del otro—. ¿Qué estás haciendo aquí? Creía que todos estabais durmiendo.

Su familia al completo había llegado al Hotel California la noche anterior, justo a tiempo para cenar con él y con Olivia y también con Tomás. Evidentemente, sus hermanos, Guillermo y Álex, y sus cuñados, Gabriel y Anthony, no desaprovecharon la oportunidad y le contaron a Tomás las historias más vergonzosas que pudieron recordar de él. No hizo falta que Ágata, Helena, Martina, Emma y Sara hicieran lo mismo con Olivia, las chicas (así era como denominaban al grupo formado por sus hermanas y sus cuñadas) ya se habían conocido meses atrás y habían quedado en más de una ocasión para cenar; Marc, sus hermanos, y su padre, temblaba solo con pensar en esas cenas y en las conversaciones que pudiesen tener tras un *gin tonic*.

—Sara todavía está dormida —le contó Álex con cara de idiota. Marc se habría reído de su hermano si no estuviese convencido de que él tenía exactamente la misma expresión cuando hablaba de Olivia. Con apenas unos meses de diferencia, los dos habían encontrado el amor de su vida, aunque para Marc había sido más difícil que para Álex.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? —le preguntó Marc perplejo, porque si Olivia siguiese en la cama, él no habría salido de allí por nada del mundo.

—Estoy buscando a Martina —respondió Álex—. Los demás también, Guillermo ha dicho que te llamaría —añadió, y en aquel preciso instante se sonó el móvil a Marc.

—Debe de ser él —dijo Marc mirando a Álex mientras sacaba el teléfono del bolsillo de los vaqueros—. Sí, buenos días, Guillermo. En la playa—. Silencio—. Con Álex—. Otro silencio—. Tranquilo, seguro que la encontraremos. ¿Lo saben papá y mamá? —Asintió y miró a Álex que estaba jugando con Tosca—. No, mejor así. Adiós—. Colgó.

—¿Dónde está Olivia? —le preguntó entonces Álex.

—Supongo que en el hotel, me parece que está algo nerviosa por la boda.

—¿Y tú no? —Álex levantó ambas cejas.

—Estoy aterrorizado —confesó sincero—. Todavía no entiendo qué está haciendo conmigo. Olivia se merece a alguien mejor que yo.

—No digas estupideces, Marc. Para Olivia, nadie es mejor que tú.

—No es verdad, pero mientras Olivia lo siga creyendo, yo seguiré haciendo todo lo posible para hacerla feliz. ¿Y, tú? ¿Piensas pedirle a Sara que se case contigo o esa cajita que llevas en el bolsillo es para mí?

Ahora le tocó el turno a Álex de mirar perplejo a su hermano.

—Se te marca en el bolsillo —le explicó Marc—, y no dejas de jugar con ella con los dedos.

Álex sacó la cajita en cuestión del bolsillo y se le lanzó a Marc. Este la abrió y comprobó que efectivamente en el interior había un anillo con un único diamante en el centro.

—Es muy bonito, pero no creo que debas enseñármelo a mí.

—Hace un mes que lo tengo —dijo Álex tras soltar el aliento—. Lo compré en Nueva York —de allí la cajita azul de Tiffany's— pero... cada vez que voy a dárselo...

—Tienes miedo de que diga que no —Marc terminó la frase por él—. Te entiendo perfectamente—. Le devolvió la cajita azul a Álex y este la guardó de nuevo en el bolsillo—. Cuando me enteré de que Olivia estaba embarazada lo primero que pensé fue que así le iba a costar más rechazarme.

—Sé que Sara me quiere —Álex tenía la mirada fija en el mar, como si le costase hablar de algo tan íntimo y mirar a su hermano a los ojos al mismo tiempo—, pero le sigue preocupando cómo nos conocimos y, bueno, ella no me lo dice, pero sé que todavía no se cree que por soy capaz de dejarlo todo por estar a su lado.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Marc intrigado de verdad.

—La semana pasada fuimos a cenar con unos amigos suyos y en un momento de la conversación me preguntaron si tenía intención de seguir trabajando en Barcelona ahora que Sara está en San Francisco.

—¿Y?

—Sara contestó antes de que yo pudiese abrir la boca. Les dijo que de momento estábamos saliendo y que en los últimos meses yo había recibido un par de ofertas; una de Australia y otra en Alemania, así que era difícil de decir qué nos depararía el futuro.

—¿Es cierto?

—¿El qué? ¿Lo de Australia y Alemania? —Giró la cabeza hacia Marc y lo vio asentir—. Sí, pero no tengo la más mínima intención de aceptar ninguna de las dos. Y Sara lo sabe. Lo sabe. Hace meses que le digo que puedo irme con ella a San Francisco, o que podemos abrir juntos una consultoría especializada en el sector turístico en España, o una pastelería. Me da igual. Mira a Guillermo, nunca había sido tan feliz como ahora que tiene a Emma y a la peque y trabaja para él.

Se quedaron en silencio durante unos segundos y Álex supuso que su hermano no sabía qué decirle. O que se había quedado petrificado al verlo tan alterado.

—No conozco demasiado a Sara —empezó de repente Marc sorprendiendo a Álex—, pero te conozco a ti y sé que cuando quieres algo de verdad no esperas a que alguien lo consiga por ti. Tú eres así, Álex, una especie de *bulldozer*. Y estoy seguro de que Sara lo sabe. Quizá esté muy equivocado, y ya sabes que a mí jamás se me ha dado bien esto de dar consejos, esa es la especialidad de nuestras hermanas, pero tal vez Sara esté esperando a que hagas algo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Álex escuchándolo con suma atención.

—No sé —se encogió de hombros y continuó—, dices que le has dicho que estás dispuesto a irte a San Francisco con ella, o que podríais hacer algo juntos aquí.

—En efecto.

—¿Has dimitido de tu trabajo o has pedido un traslado?

—No, pero...

—Pero nada. Sí de verdad quieres algo, hazlo. Dale el anillo y dimite. O pide el traslado. Pero haz algo, no te quedes esperando de brazos cruzados.

—Tú esperaste a que Olivia volviese —lo atacó Álex a la defensiva.

—Cierto, y fueron los peores meses de mi vida —respondió Marc sin titubear y mirando a Álex a los ojos—. Pero tú no has cometido el error que cometí yo con Olivia y no tienes que esperar a que ella te perdone.

—Lo siento —añadió Álex al instante—. No debería de haber dicho eso. Es que...

—No soportas que yo tenga razón —Marc sonreía engreído.

—Tienes razón. —Soltó el aliento y repitió eufórico—: ¡Tienes razón! Eres un jodido genio, Marc.

Voy a decirle que tenemos que casarnos, o vivir juntos como mínimo. Y voy a darle este anillo. Sacó la cajita del bolsillo y la movió en el aire.

—Más te vale hacerlo bien, Álex, dudo que algún día encuentres a otra mujer dispuesta a soportarte.

—Lo que tú digas, imbécil. Yo también me alegro de que seas feliz. —Le colocó ambas manos en los hombros y lo miró completamente serio—. De verdad.

Marc carraspeó y tardó varios segundos en encontrar la voz.

—Será mejor que vayamos a buscar a Martina.

Álex se apartó y asintió.

—Sí, tienes razón.

—¿Cuándo os habéis dado cuenta de que no estaba en su habitación? Y, ¿por qué estáis tan preocupados por ella? Tal vez solo ha salido a pasear —sugirió Marc.

—Después de lo que sucedió anoche, te aseguro que si ha salido a pasear ha sido para desahogarse, y seguro que no le irá bien estar sola.

Los dos hermanos empezaron a caminar por la playa con *Tosca* trotando al lado de Marc, ese animal podía distinguirlos a la perfección, algo que le resultaba imposible a la gran mayoría de los humanos.

—¿Qué sucedió anoche?

Álex se detuvo tras unos segundos y se agachó para coger una piedra de la orilla del mar. Echó el brazo hacia atrás y lanzó el proyectil con intención de que rebotase en el agua.

—¿Martina te ha hablado de Leo alguna vez? —le preguntó Álex a Marc después de contar los ocho botes de la piedra.

—Una vez —recordó Marc—. El día que rompí con Olivia fui a casa de papá y mamá y me encontré allí con Martina. Hicimos las paces —suspiró—, la verdad es que me había portado como un cretino con ella. Pero Martina me consoló de todos modos y cuando yo por fin dejé de comportarme como un capullo vi que estaba muy triste, tanto que accedí a ver una película de Keanu Reeves con ella. Me contó que Leo creía que ella era demasiado rara.

—¿No te dijo nada más?

—No, y vi que no quería seguir hablando del tema. Yo me limité a decirle que si el tal Leo de verdad creía eso, era un imbécil.

—¿No te dijo cómo se llama Leo?

—No, ¿por qué?

—¿Te suena el nombre de Leo Marlasca?

—¿¡El súper juez!? ¿El imbécil que hizo llorar a Martina es el juez más famoso de España?

—El mismo.

—Joder.

## Capítulo 2

Esa mañana probablemente era la peor de la vida de Martina, a pesar de que la noche anterior había sido sin duda la mejor. O una de las mejores. Todas las noches que pasaba con Leo lo eran, lástima que él nunca estaba por la mañana y que solía arrepentirse de lo que fuera que hubiesen hecho.

No, no iba a pensar en eso ahora. Marc, su hermano preferido, iba a casarse con Olivia el domingo en la playa y toda la familia había ido a pasar el fin de semana en el Hotel California; el hotel propiedad de Olivia. Suspiró y se sentó en la cama, al menos Marc había sabido reaccionar a tiempo e iba a casarse con la mujer que lo amaba con locura.

Hubo una época en la que Marc y ella no se hablaban y Martina había llegado a creer que jamás recuperaría la amistad de su hermano, pero entonces, y basándose en una mentira, Marc conoció a Olivia y volvió a ser el de antes. Y Martina no solo recuperó a su hermano mayor sino que pensó que quizá eso del amor existía de verdad para gente como ella. Oh, ella sabía que el amor existía, tanto sus padres como sus hermanos se habían encargado de demostrárselo, o de restregárselo por la cara, mejor dicho. Ágata, Guillermo y Helena eran “asquerosamente” felices con sus respectivas parejas, y ahora Álex y Marc también se habían unido a ese restringido y selecto club del que forman parte los privilegiados que viven una gran historia de amor. Al parecer a ella alguien se había olvidado de darle el carnet.

Martina siempre había sabido que Álex daría con la mujer perfecta, Álex era así; meticulado, luchador, honrado y, sencillamente, perfecto. Pero en cuanto a Marc y a ella... bueno, Martina creía que después de lo difíciles que habían sido los últimos años para Marc su hermano no sería capaz de darse permiso para enamorarse, que insistiría en seguir castigándose. Y ella, ella se había enamorado como una imbecil, pérdida e irremediabilmente, de un hombre que creía que no era lo bastante buena para él.

Excepto en la cama.

Bajó furiosa la vista hacia abajo y se topó con las sábanas arremolinadas en el suelo. Al menos esta vez no le había roto la ropa interior, pensó al ver el

camisón intacto también junto a la mesilla de noche. Y el muy cretino se había ido de todos modos. Se puso en pie y fue a vestirse; tenía que salir de allí antes de que alguno de sus hermanos fuera a buscarla. No podía ver a nadie hasta que se hubiese calmado un poco, de lo contrario se pondría a llorar como una histérica y terminaría peleándose con el pobre que hubiese ido a avisarla.

Sí, iría a pasear por la playa e intentaría olvidar que había vuelto a cometer el mismo error con Leo. Otra vez. Y tal vez así, solo tal vez, lograría recordar todos los motivos por los que tenía que echarlo de su lado cuando volviese a verlo.

Martina conoció a Leo cuando viajó a Madrid meses atrás; lo vio sentado en esa acera con la corbata mal puesta y el botón del cuello de la camisa desabrochado y notó, literalmente, que el mundo se tambaleaba bajo sus pies. Existen miles de canciones sobre el amor a primera vista, cientos de docenas de novelas que se basaban en un amor prohibido, infinitas películas sobre el deseo y la lujuria y ni siquiera combinándolas todas Martina podría intentar explicar lo que sucedía entre ella y Leo cuando se veían. O tal vez solo estaba siendo la romántica empedernida que era porque la realidad podía definirse en una frase, en dos, en realidad.

La primera: Leo estaba casado.

La segunda: Leo se avergonzaba de ella.

Martina se secó la lágrima que le resbalaba por la mejilla y el sonido de sus brazaletes la obligó a buscarlos con la mirada. Leo odiaba esos brazaletes. Y el tatuaje. Y las mechas de color rosa.

Básicamente, odiaba todo lo que a ella la hacía sonreír. El problema era que Martina se empeñaba en creer que Leo, a pesar de que él insistía en lo contrario, no era así. ¿Y por qué? Sencillamente porque sabía que sino jamás terminarían juntos.

«Y no vamos a terminar juntos».

Desvió la mirada de nuevo hacia el horizonte y vio unas rocas a lo lejos. Olivia le había contado que la noche que Marc le habló por primera vez de sus hermanos estaban sentados en unas rocas. Tal vez fuesen esas, sin duda parecían el lugar perfecto para esconderse un rato y reunir fuerzas para enfrentarse a tantas parejas felices. Caminó descalza por la arena hacia allí, distrayéndose con el sonido de las olas y con los pocos paseantes que como ella aparecían en la playa. Escaló por las rocas más bajitas como si fuesen

peldaños y se sentó en la más alta con la mirada perdida en el mar. Cerró los ojos y sin querer, sin poder evitarlo, pensó en Leo. ¿Cómo iba a echarlo de su vida si ni siquiera podía echarlo de su mente?

Semanas atrás tuvieron una discusión horrible, sin gritos, a base prácticamente de silencios; ella le pidió que la acompañase a la boda de Marc y Olivia y Leo se negó. Tardó unos minutos en contestar, siempre hacía eso cuando algo era importante, era como si necesitase escuchar los argumentos a favor y en contra de un caso en su interior, pero se negó de todos modos.

Tal vez por eso era tan buen juez, porque tenía la capacidad de analizar cualquier problema desde todos los ángulos posibles. Y tal vez por eso era capaz de romperle el corazón a Martina con tanta frialdad. Leo se tomó su tiempo, los dos estaban en el apartamento que él tenía en Madrid. Martina seguía desnuda en la cama, sujetando una libreta en una mano y uno de sus lápices de colores en la otra. Leo estaba de pie, abrochándose la camisa frente a la ventana. El sol apenas había despertado y la ciudad no se había enterado de lo que había sucedido esa noche entre ellos, aunque a Martina el corazón le latía tan rápido que creía que podían oírlo incluso los pájaros del Retiro.

—Marc y Olivia se casan en la playa —empezó Martina sin levantar la vista del cuaderno.

—¿En su hotel? —preguntó Leo sin darse media vuelta.

—Sí, por supuesto. —Tomó aire y lo soltó antes de perder el valor—. Quiero que vengas.

Nada. Silencio. Martina abrió los ojos (no se había dado cuenta de que los había cerrado) y vio que Leo tenía los puños cerrados y la cabeza agachada con el mentón recostado en el pecho. Ella sabía que la había oído, y sabía que la había entendido. Y también sabía que Leo no iba a fingir lo contrario.

—No puedo —le contestó él al fin dándose media vuelta.

—Oh, ¿por qué? ¿Estás de guardia? —le preguntó esperanzada. Leo era juez de la Audiencia Nacional y aunque Martina había aprendido mucho acerca de su funcionamiento desde que estaban juntos (si es que lo estaban), todavía se le escapaban muchas cosas.

—No.

—¿Entonces?

Leo se acercó a la cama y se sentó en un extremo. Todavía tenía los puños de la camisa desabrochados y no se había afeitado y parecía llevar el peso del mundo sobre los hombros.

—No puedo —exhaló despacio—, el divorcio todavía no es definitivo.

A Martina volvió a latirle el corazón. El divorcio. Leo no se estaba negando porque no quisiera estar con ella, sencillamente estaba siendo cauteloso.

—No se enterará nadie —le dijo, dejó el lápiz y le pasó una mano por la espalda—. Solo han invitado a la familia.

—La madre de Olivia es la Belle Millán, seguro que habrá prensa. —Leo tenía la vista fija en sus manos que colgaban de encima de sus rodillas ligeramente separadas.

—No, no habrá prensa. La madre de Olivia no va a asistir, de hecho, está en Nueva York.

—Incluso así, seguro que irá algún *paparazzi*.

—No —insistió Martina a la que cada vez le gustaba menos esa conversación. ¿Por qué tenía la sensación de que Leo estaba buscando alguna excusa para no asistir? O para no decirle la verdad.

—No lo sabes. —Él giró el rostro y la miró por primera vez desde que habían empezado a hablar.

—Lo sé. Marc se ha encargado de eso, y aunque apareciese alguien, mis hermanos lo echarían de allí a patadas. El Hotel California está en una cala muy reservada y nadie, repito, nadie tiene ni idea de cuándo va a ser la boda. Solo estamos invitados nosotros y unos pocos empleados del hotel que son como la familia de Olivia. Nadie sabe nada. Nadie sabrá nada.

—Martina...

—Quiero presentarte a mis padres —lo interrumpió Martina—. Quiero que conozcas a Marc y que mis hermanos te tomen el pelo. Quiero que mis hermanas y mis cuñadas me digan que eres el hombre más guapo que han visto nunca.

Leo apretó los dientes y giró el rostro. Se abrochó los botones de los puños de la camisa y al terminar se pasó las manos por el pelo. Lo tenía muy negro pero en una de las sienes tenía un escurridizo mechón plateado. A Martina le gustaba hundir los dedos en su pelo y buscarlo solo con el tacto. Era una tontería, pero él solía decirle que solo ella lo encontraba, así que Martina se sentía muy posesiva al respecto. Leo era cinco años mayor que ella, en ocasiones parecía una eternidad, a veces él había vivido demasiado y a veces ella se sentía infinitamente más valiente que él. Leo utilizaba la edad como excusa, y su carrera profesional, y su matrimonio, del que ahora solo quedaban unos papeles y unos cuantos trámites administrativos. Y Martina no utilizaba nada para defenderse, no recurría a ningún subterfugio para proteger

su corazón del amor que sentía por ese hombre. Ella siempre había creído que si luchaba por algo, que si de verdad se entregaba a alguien con cuerpo y alma, todo saldría bien. Gracias a Leo, ahora empezaba a tener dudas al respecto.

—No vas a venir —sentenció Martina al ver que Leo había levantado por completamente un muro a su alrededor. Estaba completamente vestido, ella seguía desnuda, y buscaba los zapatos—. Están al lado del sofá —farfulló Martina sorprendida al ver que podía hablar a pesar del nudo que sentía en el corazón.

—Gracias.

Leo desapareció del dormitorio y ella salió de la cama. Cogió el batín japonés que había dejado en el piso, y que ahora sin duda metería en su bolsa, y fue al salón. Martina quería discutir, quería gritarlo, insultarlo; cualquier cosa que le demostrase que aquel autómatas era el mismo hombre que le había hecho el amor de pie contra la puerta y no un maldito juez de la Audiencia Nacional.

—Quiero que vengas a la boda —le dijo al detenerse de pie delante de él. Leo estaba sentado en el sofá para abrocharse los cordones de los zapatos y Martina se alegró de encontrarlo allí. Al menos así salía ganando en algo.

—Ya te he explicado...

—No, no me has explicado nada. Te has buscado un montón de excusas, eso es lo que has hecho.

Eres muy listo, Leo. Eres el juez más joven que ha pisado nunca la Audiencia, así que no te hagas el tonto conmigo. Quiero que vengas —le repitió mirándolo a los ojos—. Quiero pasar el día de la boda de mi hermano contigo. Quiero que formes parte de mis recuerdos. De mis recuerdos de verdad, no de estos estúpidos encuentros que te empeñas en organizar —levantó las manos y señaló el salón del apartamento.

—¿Y si no?

Martina ladeó confusa la cabeza. Odiaba discutir con Leo y era más que evidente que él estaba buscando pelea.

—¿Si no, qué? —insistió Leo—. Me ha parecido que me estabas dando un ultimátum, Tina. Y ya sabes que no me gustan, a mi esposa nunca le han funcionado.

—Eso ha sido un golpe bajo, Leo. Y lo sabes. —Martina cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos—. No te estaba haciendo ningún ultimátum. La verdad es que no tendría que amenazarte con nada para conseguir que quisieras pasar un fin de semana conmigo.

—No es eso, Tina —Leo sacudió abatido la cabeza e intentó levantarse, pero Martina le puso una mano en un hombro para impedirselo.

—No, quédate donde estás. No te estoy haciendo ningún ultimátum pero no me respetaría a mí misma si no te dijese que si no me acompañas a la boda, las cosas cambiarán entre tú y yo.

Leo entrecerró los ojos y le tembló el músculo de la mandíbula.

—Comprendo —dijo entre dientes.

—Iré a vestirme. —Martina se apartó despacio, cerró los dedos con los que le había tocado el hombro porque durante un segundo temió que fuese la última vez. Habían decidido que pasarían el día en casa (en casa, vaya tontería), pero ahora ya no tenía sentido.

Cuando Martina salió del dormitorio, después de ducharse para disimular las lágrimas, Leo no estaba por ninguna parte. Encima de la mesa de la cocina encontró una nota que decía:

*Me he olvidado una cosa en el juzgado. Volveré más tarde.  
Te quiero, L.*

Leo nunca se olvidaba nada en ninguna parte, era el hombre más ordenado, más obsesivo y más perfeccionista de la faz de la tierra. ¿Por qué diablos no había entrado en el baño para decirle que quería que se fuese de allí? ¿Por qué no había ido tras ella para seguir discutiendo? ¿Por qué había huido?

Martina cogió la nota y se la metió en el bolsillo del abrigo. Él nunca le decía que la quería en voz alta. Siempre se lo escribía. Y nunca. Nunca. Nunca. Ni siquiera una sola vez le había dicho que la amaba. Furiosa consigo misma por haberse enamorado de un hombre tan herido y tan complejo como Leo, y con él por no darle ni la más mínima oportunidad de ayudarlo, Martina arrancó una hoja del cuaderno y anotó la información referente a la boda: los días, la dirección del Hotel California, y el número de teléfono.

No firmó y tampoco le escribió nada más. Ella sí que tenía las agallas para decir lo que sentía en voz alta.

—¡Martina! ¡Martina!

Martina sacudió la cabeza al oír su nombre y vio a Marc de pie en la arena.

—¿Puede saberse qué estás haciendo allí arriba? —le preguntó su hermano con una sonrisa. Junto a él estaba *Tosca*, la perra de Olivia y que

prácticamente había adoptado a Martina porque siempre que la veía la llenaba de babas.

—Pensar.

—¿Puedo subir?

—¿Es esta la roca de Olivia?

—Sí —confesó Marc enarcando una ceja—. ¿Cómo lo sabes?

—Mi futura cuñada me lo contó.

—Espero que no te contase todo lo que pasó esa noche —farfulló Marc por lo bajo.

—Tranquilo, tus secretos están a salvo. Vamos sube —lo invitó Martina.

Marc empezó a escalar y en pocos segundos llegó al lado de su hermana.

—Me encantan las vistas desde aquí.

—Sí —suspiró Martina—, son preciosas.

—Voy a fingir que no sé nada de Leo durante cinco minutos, pero después tendrás que contarme qué demonios ha pasado y por qué ese cretino no está contigo aquí y ahora. ¿De acuerdo, petarda?

—De acuerdo —Martina sorbió por la nariz.

—Ven aquí.

Marc rodeó a su hermana con una brazo y dejó que llorase abrazada a él, al fin y al cabo, Martina había hecho lo mismo por él cuando Olivia le dijo que no quería verlo más.

## Capítulo 3

Después de despedirse de Marc, Álex corrió por la playa ansioso por llegar al hotel. Álex no quería dejar solo a Marc, pero cuando vieron la silueta de Martina sentada en lo alto de una roca, su gemelo le aseguró que podía encargarse perfectamente del tema y le recordó que él tenía algo mucho más importante que hacer.

Álex sonrió de oreja a oreja, abrazó torpemente a Marc, que le devolvió el abrazo con la misma efusividad, y fue en busca de Sara.

Había sido un estúpido, Marc tenía razón, tendría que haberle demostrado a Sara que lo que sentía por ella eran más que palabras, más que frases bonitas.

Entró en el hotel tras esquivar a un niño que salía cargado con un cubo unas palas dispuesto a jugar en la arena y saludó a Roberto, el recepcionista, que lo miró como si estuviese loco. Y probablemente lo estaba. Subió la escalera con el corazón golpeándole las costillas, un segundo le parecía de repente una eternidad, un peldaño un abismo que lo separaba de Sara. Sí, tal vez era muy listo para los negocios, pero en lo que se refería a asuntos del corazón tenía la misma agilidad mental que un marsupial (con todo el respeto por los marsupiales del mundo). Por fin llegó al piso donde se encontraba su dormitorio y se detuvo frente a la puerta un segundo para serenarse; no iba a declararse con la frente empapada de sudor y la respiración entrecortada. Además, seguro que le bastaría con mirar a Sara un segundo para volver a perder el aliento. Sacó un pañuelo del bolsillo —sí, Álex es de esos pocos hombres que siguen llevando pañuelos—, se secó el sudor, abrió de nuevo la cajita con la sortija como si quisiera comprobar que no se había desvanecido, y buscó la llave del dormitorio.

Buscó la llave.

Buscó la llave.

Mierda.

Apoyó la frente, sudada de nuevo, contra la puerta y se maldijo en voz baja. Había salido tan rápido, y tan despistado por el cuerpo de Sara que se

insinuaba bajo las sábanas, que se había olvidado de coger la llave.

Resignado a sacrificar su entrada triunfal, esa en la que cogía en brazos a Sara y la devoraba a besos antes de pedirle que se casara con él, Álex levantó un brazo para golpear la puerta con los nudillos, pero la voz de ella lo detuvo.

Sara debía de estar de pie justo al lado de la entrada, o sentada en esa butaca que había pegada a la pared porque Álex podía oírla con total claridad.

—No, mamá, todavía no le he dicho nada a Álex. —Silencio—. No sé. Sí, ya hace un año que estamos juntos—. Otro silencio—. No, mamá, te lo habría dicho.

¿De qué diablos estaban hablando? ¿Por qué tenía aquel horrible nudo en el estómago? ¿Era normal que un hombre de su edad estuviese escuchando a hurtadillas?

No, en absoluto, se dijo a sí mismo levantando de nuevo la mano para llamar a la puerta.

—No, mamá. No sé qué dirá cuando le diga que me han ofrecido dirigir la sucursal de Londres.

Tal vez no quiera venir conmigo—. ¿Sara se quedó en silencio, para coger aire o para escuchar a su madre?—. La verdad es que tampoco sé si quiero ir yo, tanto si viene Álex como si no.

¿Iba a irse sin a él?

No podía respirar.

—Estoy cansada de no saber dónde estoy. —Suspiró. Sí, eso sin duda había sido un suspiro—. Sí, mamá, lo sé, la vida real no se parece a las novelas, pero... cuando Álex vino a San Francisco fue tan romántico y ahora... Sí, lo sé, mamá, pero tal vez se ha cansado. O aburrido, al fin y al cabo nos conocimos en una discoteca y aunque hace un año que estamos juntos si sumas los días que nos hemos visto a penas son cuatro meses.

Se habían visto 86 días, Álex los había sumado.

¿De verdad se sentía así Sara? Dios, se había portado como un imbécil. Era un milagro que ella no lo hubiese dejado.

Se metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros en busca del móvil para llamar a Marc y pedirle que le trajese la llave maestra cuando tocó la dichosa tarjeta de plástico que servía para abrir la puerta. En verdad se merecía una bofetada, ¿por qué no se le había ocurrido buscar antes en ese bolsillo?

Metió el plástico en la ranura, abrió la puerta y buscó a Sara con la mirada. Efectivamente, ella estaba sentada en la butaca de la entrada y Álex

caminó decidido hacia ella. Sara debió de notar que le pasaba algo porque dejó de hablar a mitad de la frase.

Álex se detuvo ante ella y le cogió el móvil de las manos.

—Hola, Noelia. Sara te llamará más tarde. —Colgó sin dejar que la otra mujer respondiese y dejó caer el móvil al suelo.

Se agachó delante de Sara y le sujetó el rostro entre las manos, y antes de que ella pudiese reaccionar, la besó. Le temblaban las manos, y Álex no hizo nada para disimularlo, ni para contenerlo.

Tampoco habría podido, estaba aterrorizado. Si perdía a Sara por su propia estupidez, jamás podría perdonárselo.

—Te amo —le dijo Álex al apartarse.

—Y yo a ti, Álex —respondió ella—. ¿Te pasa algo?

—Sí. —Le dio otro beso sencillamente porque no podía contenerse—. No. —Otro beso por en medio de la sonrisa de ella—. Espera un segundo —añadió al final—. Quédate aquí, no te muevas.

Sara enarcó una ceja pero cumplió con las extrañas peticiones de Álex.

—De acuerdo.

Álex se puso en pie y caminó hasta el escritorio. Allí, sacó su móvil y tecleó algo. Fuera lo que fuese, el móvil de Sara, que había ido a parar al suelo pero seguía funcionando, vibró como si hubiese recibido un mensaje o un correo electrónico.

Sara no había apartado la vista de él ni un segundo y seguía estando tan confusa, o incluso más, que al principio, aunque no tenía ninguna queja de los besos que le había dado Álex al entrar. Él respiró hondo y acto seguido se dirigió de nuevo hacia la butaca de Sara y se arrodilló delante de ella. Cogió el móvil del suelo y se lo entregó como si fuera un objeto sumamente delicado (que antes había dejado caer sin ningún miramiento).

—Mira el correo —le pidió solemne.

Sara aceptó el aparato y comprobó que efectivamente había recibido un correo electrónico de Álex, solo que no estaba dirigido a ella, sino al jefe de él en *Hoteles Vanity*. Sara lo abrió confusa y empezó a leerlo. Se quedó petrificada tras el saludo.

—¿Has dimitido? ¿Por qué?

—Te amo, Sara. Este año ha sido al mismo tiempo el peor y el mejor año de toda mi vida. Cada vez que nos hemos despedido en un aeropuerto he tenido que morderme la lengua para no pedirte que te quedases. Los días que hemos estado separados han sido interminables, y los que nos hemos visto

demasiado cortos. Estoy harto de estar sin ti, de no vivir hasta que sé que tú estás a mi lado. No voy a seguir así.

—Álex —balbuceó Sara.

—No, déjame terminar. No te había dicho nada porque sé lo mucho que te costó darme una oportunidad —cerró los ojos un segundo al recordar esa época en San Francisco cuando Sara no quería saber nada de él—, y pensé que necesitabas tiempo—. Abrió los ojos y los fijó en los de ella sin ocultar las lágrimas—. No voy a darte más—. Se metió de nuevo la mano en el bolsillo y sacó la cajita azul cielo.

—Oh, Dios mío.

—¿Quieres casarte conmigo, Sara? —La abrió igual que hacen los príncipes en los cuentos, pero a diferencia de ellos a Álex le temblaron las manos y le mostró el corazón en sus ojos—. Yo quiero casarme contigo, es lo que más quiero en este mundo. Quiero estar a tu lado. ¿Y, tú, quieres estar a mío?

—Sí, por supuesto que sí. Yo también te echo mucho de menos cuando no estás conmigo, y no quiero seguir así. Ni un día más del necesario. —Sara levantó las manos y acarició el rostro de Álex—. ¿Puedo besarte?

Álex soltó el aliento que estaba conteniendo y sonrió.

—Claro.

Sara le devolvió la sonrisa y lo besó. Y Álex se dejó besar. Un hombre como él, acostumbrado a saber siempre exactamente lo que hacía, y bastaba con que esa mujer lo besase para que temblase como un niño y se olvidase incluso de respirar.

Sara lo besó y despacio los dos terminaron en el suelo, desnudándose el uno al otro, interrumpiendo los besos y las caricias solo para decirse lo mucho que se querían y lo tontos que habían sido por haber tardado tanto en dar con la respuesta adecuada.

—Ni te imaginas lo que siento estando contigo —le susurró Álex a Sara cuando se deslizó dentro de ella con sumo cuidado—. Me quemas y siento como si el fuego se extendiese por todo mi cuerpo hasta que no puedo respirar. No es solo deseo, aunque jamás me había imaginado ser capaz de desear así a alguien—. Apretó los dientes y movió levemente las caderas—. No, no te muevas —le pidió—. Me excito solo con pensar en ti, tu perfume me convierte en un idiota y el sonido de tu voz me hace perder la razón. Y cuando estoy dentro de ti, apenas puedo controlarme. Antes —sonrió burlándose de sí mismo—, antes podía pensar prácticamente en cualquier cosa mientras estaba con una mujer, pero contigo ni siquiera puedo hablar.

—Ahora estás hablando —susurró ella acariciándole la mejilla.

Álex retrocedió al instante. Si ella lo tocaba un segundo más no podría contenerse.

—No te imaginas lo que me está costando. —Y para demostrárselo movió de nuevo las caderas y dejó que ella notase lo excitado que estaba. Cerró los ojos y apretó la mandíbula para retener el poco control que le quedaba—. Siempre había sospechado que si algún día me enamoraba lo haría hasta el límite. Nunca me he conformado con medias tintas. Pero esto es incluso ridículo, no puedo ni pensar cuando no estás conmigo. Creo que ya te he dado bastante tiempo para que asumas que eres mía, que estamos hechos el uno para el otro y todas esas cosas.

—¿Todas esas cosas? —Sara enarcó una ceja y se mordió el labio inferior al notar que él movía de nuevo las caderas.

—Sí. Eres mía. Vamos a casarnos. Vamos a pasarnos el resto de la vida juntos. Y seremos felices para siempre. Todas esas cosas.

—Ah, esas cosas. —Sara levantó una mano y le pasó las uñas por el torso.

—¡Dios, Sara! —Álex se estremeció de la cabeza a los pies y echó la cabeza hacia atrás—. Dime que nos casaremos el mes que viene y que viviremos juntos a partir de ahora. Puedo venir a San Francisco, o irme a Londres contigo, o a donde tú quieras. Pero juntos. A partir de ahora estaremos juntos—. Puntualizó cada frase con un movimiento de caderas, penetrándola cada vez un poco más hasta que Sara pensó que estaría para siempre dentro de ella.

—Juntos. Te a...

—No, no me lo digas ahora —suplicó él entre dientes mientras con una mano buscaba la cajita que había ido a parar al suelo cuando se quitó los pantalones. Por fortuna estaba lo bastante cerca de él como para poder cogerla y consiguió abrirla con cierta torpeza. Con el anillo cautivo en la palma de la mano, rodeó a Sara con los brazos e intercambió sus posturas sin salir de dentro de ella. Álex quedó tumbado en el suelo y Sara sentada a horcajadas encima de él—. No te muevas. Por favor.

Sara tenía la respiración entrecortada y el amor que sentía por Álex amenazaba con ahogarla. Ese hombre tan increíble solo pensaba en ella; no le había dicho nada porque no quería presionarla, porque quería darle tiempo para pensar después de que ella le hubiese hecho pasar por un infierno. No sabía qué había hecho para tener tanta suerte, pero desvió la vista hacia abajo y se juró a sí misma que se pasaría el resto de la vida haciéndole el hombre más feliz del mundo.

—Álex —le colocó una mano encima del corazón y notó que le latía acelerado. Él la capturó y se la llevó a los labios.

Le dio un beso en la palma y cuando la apartó le deslizó el anillo en el dedo.

—Lo compré en Nueva York un mes después de reconciliarnos en San Francisco —confesó él.

—Oh, Álex.

—Quería dártelo entonces. Tendría que habértelo dado entonces.

Álex entrelazó los dedos con los de Sara y levantó las caderas incapaz de seguir conteniéndose.

—No voy a seguir esperando. Te amo, eres la mujer de mi vida y mi vida es ahora. No sé por qué diablos nos conocimos en una discoteca y no en el lugar más romántico y emblemático de la Tierra, pero no me importa. Estamos hechos el uno para el otro y ninguna historia de amor es comparable a la nuestra.

¿De acuerdo?

—De acuerdo —afirmó ella.

—Dímelo. Dímelo —repitió.

—Te amo, Álex.

Álex se incorporó y la rodeó con los brazos mientras le daba un beso que no ocultaba nada y que lo prometía y todo. Y la poseyó para siempre y como había hecho desde el principio.

## Capítulo 4

Marc y Martina volvieron al hotel y él y *Tosca* se encargaron de que nadie les impidiese llegar a la habitación de su hermana pequeña: después de lo que había llorado encima de esa roca contándole lo que le había sucedido con Leo, Marc sabía que Martina quería estar sola.

Llegaron a recepción y al ver a Olivia, *Tosca* corrió hacia ella. A Marc también se le iluminó el rostro, aunque él fue capaz de contenerse (o casi) y con el gesto le pidió a su prometida —le encantaba esa palabra— que lo esperase.

—Siento haberte echado a perder el día —se disculpó Martina tras carraspear.

—No digas tonterías —le contestó Marc—. Me gusta estar contigo, lo único que lamento es que no me dejes ir a decirle al señor Juez lo que pienso de él.

—Gracias, Marc —susurró Martina abrazándolo por la cintura.

—De nada, petarda. Vamos, tumbate un rato y descansa. Esta tarde Olivia y yo queremos enseñaros la casa y llevaros a tomar un helado.

—No sé, tal vez debería quedarme. No quiero aguarle la celebración.

—Mira, petarda, más te vale estar lista a las cinco o vendré a despertarte como cuando éramos pequeños. Y traeré a los demás conmigo —la amenazó.

—Está bien —dijo ella levantando las manos para indicarle que se rendía—. Vendré, pero luego no digas que no te he avisado. Seguro que lloraré cada dos por tres. Yo soy así, “emocional y exagerada”.

—Eres perfecta, Martina. Diga lo que diga el juez estirado. —Su hermano se acercó a darle un beso en la frente—. Descansa un poco, seguro que te irá bien dormir. Y no, no me recuerdes lo que has estado haciendo toda la noche; un hermano no debería saber jamás esas cosas de sus hermanas pequeñas. Es asqueroso.

—Ya, y seguro que tú y Olivia solo jugáis a las cartas.

—Eso es distinto.

—Ah, claro, no me había dado cuenta. Bueno, no te preocupes, a juzgar por la desaparición de Leo, no volveré a hacerlo en mucho tiempo. —Martina intentó bromear, pero solo con mencionar el nombre de Leo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, vamos, cariño —Marc se sentó en la cama junto a su hermana y la abrazó de nuevo—. No llores más. No se lo merece.

Martina lloró durante unos segundos y se dejó abrazar por Marc hasta que creyó que podía contenerse y recuperar la calma.

—No va a venir, ¿ah, qué no?

Marc le apartó un mechón de pelo del rostro y la miró afectuoso.

—No lo sé, Martina. No lo sé. Pero no importa, y sabes por qué.

—¿Por qué? —Sorbó por la nariz y se secó las lágrimas del rostro con ambas manos.

—Porque mañana me caso y tú estarás a mi lado, y los demás, y será un día maravilloso. No soy perfecto, Martina, y tú lo sabes mejor que nadie. No, escúchame —le dijo al ver que ella iba a interrumpirlo—; estuve a punto de convertirme en un borracho, en echar toda mi vida por la borda, en destrozarme a toda mi familia por culpa de mi inconciencia. Antes de que conociese a Olivia, tú fuiste la única que me plantó cara, así que no me digas que vas a rendirte ahora. Si yo he encontrado la felicidad, si una mujer tan increíble como Olivia no solo se ha enamorado de mí sino que además está dispuesta a casarse conmigo y a convertirme en padre, entonces a ti te espera algo increíble. Créeme, en algún lugar hay un hombre que estará dispuesto a todo con tal de estar contigo, un hombre que se enfrentará a cualquier obstáculo para estar a tu lado y ganarse tu corazón.

—¿Me lo prometes?

—Por supuesto que sí, petarda. Y ya sabes que yo siempre cumplo mis promesas.

—Lo sé, Marc. —Martina se tumbó en la cama y cerró los ojos—. Me alegro mucho de que vinieses al Hotel California y encontrases a Olivia, te echaba mucho de menos.

—Y yo, Martina. Y yo —susurró Marc al ver que su hermana se quedaba dormida.

Se quedó allí un rato, no demasiado pero sí el suficiente para asegurarse de que Martina descansaba plácidamente, y entonces salió del dormitorio.

Iba tan distraído pensando en todo lo que Martina le había contado que no oyó que alguien se acercaba por el pasillo.

—Vaya, vaya, Martí, no esperaba verte por aquí.

Marc se detuvo de golpe al ver a Olivia plantada delante de él con una sonrisa en los labios. Solo ella lo llamaba por el apellido, bueno, ella y los empleados del hotel, pero el motivo era distinto. Cuando se conocieron, Marc y Olivia se dirigían el uno al otro por su apellido, y ahora... digamos que ahora los dos lo utilizaban de un modo afectuoso.

—Yo a ti tampoco, Millán. —Marc la sujetó por la cintura y la pegó a él justo antes de besarla.

Llevaba horas deseando hacerlo y estaba harto de contenerse—. Te he echado de menos cuando me he despertado —le dijo cuando se separaron varios besos más tarde.

—Yo a ti también —confesó ella casi sin aliento.

—¿Por qué te has ido? —Entrelazó los dedos con los de Olivia y los dos reanudaron la marcha.

—Yo, bueno, quería asegurarme de que las flores... y la comida... —farfulló Olivia.

Marc se detuvo de nuevo. Olivia nunca farfullaba. Y menos con temas relacionados con el hotel.

—¿Sucede algo, amor? —le preguntó acariciándole el pelo.

—Estoy nerviosa —soltó ella de repente—. El abuelo no está y mi madre, será mejor que no hablemos de mi madre, y se supone que una boda es algo estresante, pero a mí la verdad es que me da igual.

—Olivia, respira, cariño. Respira. —Le colocó las manos en los hombros y le sonrió—. Respira.

¿Qué es lo que de verdad te preocupa?

—No quiero que durmamos separados esta noche.

—Yo tampoco.

—No quiero que tengas una pesadilla y que te entren ideas extrañas sobre anular la boda o que me merezco a alguien mejor o tonterías por el estilo.

—Te mereces a alguien mejor, pero me temo que si aparece tendrá que matarme para alejarme de ti —dijo Marc absolutamente serio—. Y aunque tuviese la peor pesadilla del mundo, aunque me pasase toda la noche reviviendo el infierno de estos últimos años, nada impediría que mañana me case contigo. Nada.

Yo tampoco quiero dormir sin ti esta noche, lo de mañana es un formalismo, una celebración que hacemos porque mi familia está formada por una panda de locos a los que les encanta ir de boda, pero a ti y a mí no nos hace falta. Tú y yo hemos superado tantas cosas juntos que formamos parte el uno del otro, y no hay ningún papel que sea más importante que eso.

Olivia empezó a tirar de Marc por el pasillo.

—¿Qué pasa? ¿Adónde vamos con tanta prisa? —le preguntó él confuso por la reacción.

—A casa. A hacer el amor. Échale la culpa a mis hormonas, o a tus ojos, o a tu sonrisa, o a que te quiero con locura, o a tu discurso que pondría en ridículo al mismo señor Darcy, pero ahora mismo nos vamos a casa y me haces el amor. ¿Entendido?

—Entendido.

El domingo amaneció soleado y con el mar cristalino.

El Hotel California estaba cerrado al público, pero sus habitaciones estaban ocupadas por la familia del que se consideraba en novio más afortunado del mundo y por los selectos amigos de la novia y propietaria del hotel.

Al llegar la hora señalada la familia Martí bajó a la playa en pleno. Elizabeth llevaba de la mano a María, su primera nieta y la hija de Ágata y Gabriel que habían viajado desde Londres para asistir al enlace y que no dejaban de besarse. Eduard andaba detrás de su esposa charlando con Guillermo, su hijo mayor, y con Emma, la embarazadísima esposa de este. A pocos metros de distancia los seguían Anthony, Helena y su hija, la pequeña Julia, un terremoto constante que hacía babear a su padre de un modo prácticamente incontrolable. Junto a ellos, y vigilando que Julia no encontrase el modo de escapar, caminaban Sara y Martina. La primera intentaba por todos los medios animar a la segunda y, aunque no podía decirse que Martina estuviese sonriendo, al menos no lloraba y se la veía tranquila. Al final de la comitiva iban Marc y Álex, caminando y hablando igual que habían hecho desde pequeños, terminando el uno las frases del otro pero dejando claro que eran dos hombres completamente distintos.

Marc, saltándose como de costumbre las tradiciones, le pidió a su hermano gemelo que fuese él, y no su madre, el que lo acompañase hasta donde los esperaba el alcalde que iba a officiar la ceremonia, y Álex aceptó, por supuesto. Además, esa mañana, mientras ambos terminaban de vestirse, Álex aprovechó para contarle que por fin se había declarado a Sara y entre abrazos le pidió a Marc que fuese su padrino.

Sí, pensó Marc mientras sonreía por algo que le había dicho su hermano, era un bastardo con suerte. Iba a casarse con una mujer increíble y tenía a los mejores hermanos del mundo (algo pesados e insufribles a veces, pero en fin, nadie es perfecto). Ahora lo único que tenía que hacer era asegurarse de que

Martina también era feliz, si no hubiese sido por su hermana pequeña, tal vez hoy no estaría allí. No, seguro que no estaría allí.

Tenía que encontrar el modo de hablar con el tal Leo, o tal vez podría presentarle a alguien, a...

Dejó de pensar, de respirar, de existir cuando notó que Olivia llegaba a la playa. Ni siquiera le hizo falta verla, le bastó con sentir su presencia para saber que aquel era el principio del resto de su vida. Se giró despacio, rezando para no desmayarse y no hacer el ridículo allí delante de sus hermanos y de sus cuñados que habían sobrevividos intactos a sus bodas, y la miró.

Y su mundo pasó a ser Olivia.

—Te amo —le susurró cuando ella se detuvo a su lado.

—Y yo a ti, Marc —le dijo Olivia poniéndose de puntillas para darle un beso en los labios.

Le bastó con eso, para él, aquel fue el preciso instante en que se casaron.

A día de hoy Marc sigue siendo incapaz de recordar ningún detalle del día de su boda, excepto que fue uno de los mejores días de su vida. No fue únicamente feliz, fue mejor. Sus padres bailaron, sus hermanos se rieron con sus familias y él y Olivia no dejaron de besarse.

Incluso Martina sonrió y bailó despreocupada, hasta que Leo apareció.



ANNA TURRÓ CASANOVAS (Calella, Barcelona, España, 1975), es una escritora española de novela rosa desde 2008, que firma sus novelas como Anna Casanovas y bajo el seudónimo de Emma Cadwell sus novelas con elementos paranormales. En la actualidad trabaja de traductora y continúa escribiendo. Ha publicado *La Hermandad del Halcón*, una saga histórica, y *Los guardianes de Alejandría*, una serie protagonizada por seres extraordinarios, bajo el seudónimo de Emma Cadwell. *Un beso a oscuras* (2012) ganó el premio Rosa Romántica's 2012.

Estudió Traducción e Interpretación y se licenció en Derecho con la esperanza de ser escritora algún día. Trabajó durante casi diez años en el departamento de préstamos de una caja de ahorros que ahora ya no existe, hasta que en 2008 publicó su primera novela romántica, *Nadie como tú* con la que inició la saga de *Los Hermanos Martí*. La continuó con *A fuego lento*, *Dulce locura* y *Hotel California*.

También incursionó en la novela romántica histórica con la serie *La Hermandad del Halcón*, ambientada en la Inglaterra del siglo XIX. Forman parte de esta serie *Todo por tu amor*, *Te di mi alma* y *Perdido*. Ya fuera de esta serie, *Un beso a oscuras* ha sido la última novela histórica que ha escrito hasta la actualidad con la que ganó el premio Rosa Romántica's 2012.

Por otra parte también se adentró en el subgénero paranormal, y bajo el seudónimo Emma Cadwell escribió la saga *Los Guardianes de Alejandría* integrada por *Plenilunio*, *Oscuridad* e *Infierno*.

Recientemente ha publicado *Doce años y un instante*, que resultó finalista del III Premio Vergara—El Rincón de la Novela Romántica; y *Sin Miedo a Nada* una nueva novela contemporánea independiente.

En la actualidad sigue trabajando como traductora y robando minutos para escribir todas las historias que aún le quedan por contar.